

JUAN DE CRONSTADT

MI VIDA EN CRISTO

o

Instantes de recogimiento espiritual y contemplación,
de piadosa meditación, de purificación del alma
y paz en Dios

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2006

Mi vida en Cristo es una recopilación de extractos del *Diario* de Iván Illitch Serguiev, de la catedral de San Andrés, en Cronstadt (Rusia). Los títulos que encabezan cada uno de los fragmentos corresponden a la versión italiana de esta obra, realizada por la Comunidad de Bose.

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Tradujo Mercedes Huarte Luxán sobre la edición francesa *Ma vie en Christ*.

© de la Introducción: Abbaye de Bellefontaine, 1979

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2006

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca/España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

e-mail: ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 84-301-1625-7

Depósito legal: S. 1484-2006

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2006

INTRODUCCIÓN

Louis-Albert Lassus

Sería una historia demasiado larga contar cómo llegué a descubrir a Juan de Cronstadt, a interesarme por él y a convertirme en su amigo. Me contentaré con decir que el responsable de esta maravillosa amistad fue el starets Silvano, de quien traduje algunos escritos antes de que apareciera en francés el hermoso libro del archimandrita Sophrony¹. Fue, en efecto, a este santo sacerdote ruso a quien el joven Simeón Ivanovich abrió su alma y a él se debió que se encaminara hacia la Santa Montaña, donde llegó a ser el «portador de Dios» que nosotros conocemos. Silvano conservó de este encuentro un recuerdo emocionante:

Después de Serafín de Sarov nos fue dado el padre Juan de Cronstadt. Su oración se elevaba como una columna hasta el cielo... Le vimos orar con nuestros propios ojos. Recuerdo cómo le rodeaba el pueblo y pedía su bendición cuando abandonaba la iglesia después de la liturgia. Incluso en medio de semejante multitud, su alma permanecía fija en Dios y no perdía la paz. Amaba a los hombres y no cesaba de rezar por ellos².

Creo que Silvano nos entrega a través de su testimonio el secreto de la atracción verdaderamente extraordinaria de este cura de la parroquia más desheredada de Cronstadt, que sólo al final de su vida será nombrado arcipreste de la catedral.

1. *Silouane. Écrits de Silouane du Mont Athos* (extraits), présentés par Dom Barsotti, traduction française par L. A. Lassus, Bellefontaine³1989; Archimandrita Sophrony, *Starets Silouane, moine du Mont Athos (1866-1938). Vie-Doctrines-Écrits*, Paris 1973.

2. *Silouane*, 33.

No pongo ningún prefacio a mi libro. Que él mismo hable en su favor o en su contra. No contiene más que el reflejo de la gracia divina con la que el Espíritu Santo se ha dignado iluminarme en momentos de profundo y escrupuloso análisis de mi estado interior, sobre todo en las horas de oración. Cuando podía, anotaba esos pensamientos y esas emociones bienhechoras, y esas notas, que datan de muchos años, son las que forman este volumen.

Su contenido es muy variado, como podrán constatar los lectores, en el caso de que haya alguno. A su opinión me remito para todo lo que concierne a la apreciación de mi libro. El hombre espiritual juzga de todo y no depende del juicio de nadie (1 Cor 2, 15).

Juan Serguiev, arcipreste

La vida eterna es que ellos te conozcan a ti,
el único Dios verdadero,
y a aquel a quien tú has enviado,
Jesucristo.

Jn 17, 3

PRIMERA PARTE

Tu luz y tu verdad, oh Dios

Oh Dios, tú me has abierto de par en par tu luz y tu verdad. Al instruirme en las ciencias, me has abierto todas las riquezas de la fe, de la naturaleza y de la inteligencia humana. He aprendido a conocer tu palabra, Palabra de Dios que «penetra hasta la juntura misma del alma y del espíritu» (Heb 4, 12). He estudiado las leyes que rigen el espíritu del hombre, su gusto por el conocimiento justo, la formación y la perfección del lenguaje. He penetrado un poco en los misterios de la naturaleza, de sus leyes, en el abismo de la creación de los mundos y de su revolución. Conozco la población del globo terrestre, también conozco los distintos pueblos que lo habitan, los hombres ilustres que se han sucedido en este mundo y lo que han hecho. He aprendido algo de la ciencia eminente, del conocimiento de uno mismo y de los medios de llegar a ti. ¡Una enorme cantidad de cosas! «Pues la enseñanza que has recibido es demasiado extensa para el espíritu humano» (Eclo 3, 23). Y sin embargo, todavía tengo mucho que aprender.

Mi alma tiene sed del Dios vivo

Poseo muchos libros sobre toda clase de temas; los he leído y releído, pero todavía no me he saciado. Mi espíritu aún tiene sed de conocimiento, y mi corazón no está harto; tiene hambre, y todos los conocimientos que mi inteligencia ha adquirido así no han podido procurarle verdaderamente la felicidad. ¿Cuándo se saciará, entonces? Se saciará cuando «en la justicia contemplaré tu ros-

tro, al despertar me saciaré de tu presencia» (Sal 17, 15). Hasta ese momento tendré hambre. «El que bebe de esta agua (de la ciencia terrestre) todavía tendrá sed, pero el que beba del agua que yo le daré ya no tendrá nunca sed; el agua que yo le daré se convertirá en él en una fuente que brotará para la vida eterna» (Jn 4, 13-14), dice el Señor.

El sol espiritual que ilumina al alma

¿Cómo pueden vernos los santos? ¿Cómo pueden conocer nuestras necesidades y oír nuestras oraciones? Utilicemos una comparación. Imagínate que estás injertado en el sol y unido a él. El sol ilumina con sus rayos toda la tierra, la ilumina hasta su más pequeña parcela. En esos rayos tú también ves la tierra, pero eres tan poca cosa con respecto al sol que, por así decirlo, no representas más que un rayo. Ahora bien, hay infinidad de rayos. Asimilado al sol, el rayo forma parte íntimamente de la iluminación del mundo por el sol. Del mismo modo, el alma santa, unida a Dios como a su sol espiritual, a la luz de ese sol espiritual que ilumina todo el universo, conoce a todos los hombres y conoce las necesidades de aquellos que rezan.

Conócete a ti mismo en la sagrada Escritura

¿Has aprendido a ver a Dios, a representártelo como Sabiduría omnipresente, como Palabra viva y activa, como Espíritu Santo vivificador? La sagrada Escritura es el ámbito de la Sabiduría, de la Palabra y del Espíritu, del Dios Trinidad; en ella se revela con claridad: «Las palabras que os he dicho son espíritu y vida» (Jn 6, 63), dice el Señor. Los escritos de los santos Padres son también una expresión de la Sabiduría, de la Palabra y del Espíritu de la Trinidad santa, con la que ha colaborado abundantemente una élite (espiritualmente hablando) de la humanidad. Las obras de la mayoría de los hombres de este mundo son la expresión del espí-

ritu humano caído, con todas sus codicias, sus inclinaciones y sus pasiones. En las Santas Escrituras vemos a Dios cara a cara y a nosotros mismos tal como somos. Hombre, concóctete a ti mismo en ellas, y camina siempre en presencia de Dios.

Las palabras que superan la muerte

Sabéis que el hombre, en sus palabras, no muere; es inmortal en ellas, seguirán hablando después de su muerte. Yo moriré, pero seguiré hablando después de mi muerte. Cuántas palabras inmortales se pronuncian todavía entre nosotros, que nos han sido legadas por aquellos que han muerto hace tiempo y que, a veces, siguen viviendo en los labios de todo un pueblo. Qué poderosa es la palabra, incluso la palabra de un hombre corriente. Con más razón la Palabra de Dios: vivirá a través de las épocas y permanecerá siempre viva y activa.

Ayuno y penitencia para encontrar a Dios

¿De qué sirven el ayuno y la penitencia? ¿Para qué hacer este esfuerzo? Sirven para la purificación del alma, para la paz del corazón, para la unión con Dios, nos llenan de devoción y de espíritu filial, y nos proporcionan confianza ante Dios. Por eso tenemos que empeñarnos en ayunar y hacer penitencia. Una recompensa inestimable espera al esfuerzo tenaz. Pero ¿hay entre nosotros muchos que amen a Dios con un amor verdaderamente filial? ¿Hay muchos que se atrevan, con toda confianza y abandono, a invocar a nuestro Padre del cielo llamándole: «Padre Nuestro»? Nosotros, que lo hemos abandonado para marcharnos a un país lejano (cf. Lc 15, 13), ¿no debemos representárnoslo más bien como un Dios irritado? Sí, todos nosotros, por nuestros pecados, hemos merecido su justa cólera y el castigo, y es admirable lo paciente e indulgente que se muestra con nosotros, él, que no quiere arrancarnos como a higueras estériles (cf. Lc 13, 7). Apresurémonos a aplacar-

lo mediante el arrepentimiento y las lágrimas. Entremos en nosotros mismos; examinemos nuestro corazón con rectitud y, al ver la multitud de manchas que lo vuelven inaccesible a la gracia divina, reconozcamos que estamos muertos espiritualmente.

Ángeles de consolación

Sacerdotes de Dios, sabed transformar en lecho de felicidad el lecho de dolor del cristiano que sufre; dadle el consuelo de la fe; haced de él, que se cree tan desdichado, el más dichoso de los hombres; persuadidle de que, «tras haber sido castigado un poco, recibirá una gran recompensa» (Sab 3, 5); entonces seréis los amigos de los hombres, los ángeles del consuelo, instrumentos y ministros del Espíritu Santo Consolador.

Las maravillas de Dios en nuestro favor

No penséis que para nosotros, pastores, la fe no es fuente de vida, que servimos a Dios de una manera hipócrita. Nosotros mismos, los primeros y más que todos los demás, nos beneficiamos de las misericordias de Dios y sabemos por experiencia lo que para nosotros son nuestro Señor, sus sacramentos, su Madre purísima y sus santos. Por ejemplo, al comulgar en los santos Misterios del Cuerpo y la Sangre del Salvador, experimentamos en nosotros mismos su efecto vivificador y los dones celestiales de paz y de alegría en el Espíritu Santo que comunican. Sabemos que la mirada benevolente de un rey no colma el corazón del más humilde de sus súbditos tanto como la mirada misericordiosa de nuestro Rey del cielo colma nuestro corazón, como sus Misterios nos colman. Y daríamos prueba de una última ingratitud hacia Dios, y de una dureza muy grande de corazón, si no intentáramos dar a conocer a aquellos que Dios ama la grandeza de sus Misterios vivificantes, si no celebráramos las maravillas que ha realizado en nuestros corazones en cada celebración de la liturgia. También experimentamos

el efecto del invencible, incomprensible y divino poder de la cruz gloriosa y vivificadora: por este poder expulsamos de nuestro corazón las malas pasiones, el desaliento, la pusilanimidad, el miedo y otras trampas del demonio. La cruz es nuestra amiga y nuestra benefactora. Digo esto con toda sinceridad, creo verdaderamente en la verdad y la fuerza de lo que digo.

El gozo de descansar en el Señor

Hermanos, ¿cuál es el objetivo de nuestra vida aquí abajo? ¿No es que, tras haber sido probados por toda clase de miserias y desgracias en la tierra, y después de haber progresado en la virtud con ayuda de la gracia divina que se nos comunica por medio de los sacramentos, descansemos en el Señor, que es la paz de nuestras almas? Por eso cantamos: «Concede, Señor, el descanso al alma de tu siervo difunto». Descansar en paz es la suma de todos nuestros deseos, y se lo pedimos a Dios. ¿No es ilógico, pues, que nos aflijamos sin medida por un fallecimiento? «Venid a mí, todos los que estáis fatigados y agobiados, y yo os daré el descanso» (Mt 11, 28), dice el Señor. Aquellos que nos han abandonado, los que se han dormido en una muerte cristiana, han obedecido a esta llamada de Dios y han encontrado el descanso. ¿Por qué afligirse entonces?

La vida espiritual es humildad y amor

Los que se esfuerzan por llevar una vida espiritual tienen que sostener a lo largo de toda su vida un combate muy peligroso y muy difícil en sus pensamientos; quiero decir un combate espiritual. Su alma tiene que ser en todo momento como una mirada clara, capaz de vigilar y de discernir los pensamientos que penetran en el corazón y de rechazar los que vienen del Maligno.

El corazón de esas personas tiene que arder de fe, de humildad y de amor; si no, la astucia del demonio hallará la forma de entrar en él, y se producirá un debilitamiento de la fe, o la total increen-